

razón el arte que debemos aprender! Se habla, es verdad, de disposiciones naturales para ser artista. Pero alguien, que ciertamente no pertenecía á los más medianos artistas, Guido Reni, tenía costumbre de responder á esto: «¡El talento! Dejadme en paz con esta palabra. Si se adquiriese por sí solo, yo sabría también algo. ¿Sabéis lo que es el genio? Es la gravedad, la aplicación, el trabajo. El que más trabaja, es el que más provecho reporta. Me ha sido preciso gastar mucho para saber lo que sé. Durante ocho años, he estudiado la antigüedad, y, gracias á ella, poseo lo que tengo.» Sebastián Bach tenía poco más ó menos el mismo lenguaje. Bossuet, que seguramente había nacido para orador, respondió un día estas palabras á alguien que le preguntaba cuál de sus discursos apreciaba más: «El que más trabajo me ha costado.» Aquél que eche una mirada sobre los bosquejos de Rafael, sobre los manuscritos de Beethoven, de Schiller y de Goethe, sabrá qué trabajo costó á estos maestros producir las obras que nos parecen como la inundación de un entusiasmo involuntario. ⁽¹⁾

Aun cuando entreveamos, pues, su vida por el lado más hermoso, el lado artístico, esto no nos dispensa de ninguna manera de la obligación de hacer graves esfuerzos. El arte tiene necesidad de un valor decidido, de un ejercicio constante y de una continuada victoria sobre sí mismo. El que quiere llegar á ser artista, debe conocer el fin que se propone. No debe desanimarse por contratiempo alguno, y nada le es más necesario que la abnegación personal. Otros podrán gozar de sus obras, para él sólo será el trabajo. Hay tan pocos artistas y tan pocas obras maestras, porque hay muy pocos hombres que tengan bastante fuerza de voluntad, energía y tenacidad para llevar sus obras hasta la perfección. Se encuentra muy raramente también un hombre completo y un cristiano perfecto, porque ni el uno ni el otro reflexionan que tienen por misión transformar su vida en obra maestra, y porque los mismos

(1) Cons. Emiles, *Der Charakter*, 169 y sig.

que se han dado cuenta de esta obligación, no consideran bastante todo lo que se necesita para que una obra sea verdaderamente artística.

9. El poderío y la virtud curativa de la voluntad.—

Si todos considerásemos la vida desde este punto de vista, y si buscásemos el modo de vivir según estos principios, ¿bajo qué aspecto se nos aparecería el mundo! La causa principal de todos los males que sufrimos, es la carencia de abnegación personal, la falta de fuerza para vencerse uno á sí mismo; en otros términos, la debilidad de la voluntad. ¿Qué pronto nuestra generación sería fácilmente curada, si aprendiese á hacerse violencia! Aun cuando uno se haya rechazado á sí mismo y esté cerca del más horrible abismo, de la locura, de la desesperación, del suicidio, aun entonces puede salvarse, con sólo que logremos apoderarnos de su voluntad, inducirle á un trabajo serio y á vencerse á sí mismo. Todo psicólogo podría citar más de un ejemplo de que es cierto que una enfermedad de languidez no mata á nadie, con tal que esté convencido de que tiene una gran empresa que cumplir.

En toda epidemia se puede comprobar que los primeros apestados son los que huyen despavoridos, mientras que la energía que se manifiesta en el fiel cumplimiento de los deberes ordinarios y en el sacrificio personal, es el mejor preservativo del contagio. Preciso sería que un médico tuviese muy poca experiencia, para no confirmar el hecho de que á menudo es imposible curar un enfermo antes de que un sacerdote haya puesto orden en los asuntos de su conciencia, y de que el paciente haya encontrado la paz del corazón, la firmeza de la voluntad; en una palabra, que se haya encontrado á sí mismo. ¿Quién pretenderá curar la melancolía enfermiza, y esa masa de sufrimientos que se le han unido, la hipocondría, el histerismo, «los síncope, las crisis nerviosas, de lágrimas y otras enfermedades femeninas,» ⁽¹⁾ el dolor universal, cultivado con predilección, la filosofía de los vividores, de esos que ambicionan las gran-

(1) Puschkin, *Eugen Onegin*, 5, 31.

dezas sin trabajar, si no se propone, primeramente y ante todo, introducir la energía y el placer por medio del trabajo entre los que sufren? ⁽¹⁾ Si hay un punto sobre el cual la ciencia se muestra por completo impotente, es éste. En balde se dirá: «Persistir en la pena, es prueba de sentimientos poco elevados;» ⁽²⁾ es un consejo fácil y breve receta, enseñar al enfermo que sus males serán curados en el momento mismo en que se convenza de que sufre más por debilidad de carácter, que á consecuencia de la misma enfermedad real. No negaremos ciertamente que esta afirmación contiene algo de realidad. Mientras no se convenza al enfermo de que, aun cuando sus males sean grandes, y lo serán sin duda alguna, su propia falta, su condescendencia con los caprichos, la flojedad de su voluntad, su falta de constancia, de sinceridad, de abnegación personal, son más grandes aún, no hay que tratar de curación. ⁽³⁾ ¡Si tan sólo con esto llegase uno á darse cuenta de que el dominio de sí mismo es el mejor y quizá el único medio de preservarse de la melancolía! El que sufre, sabe lo que le falta y lo que puede salvarle; ve mejor que nadie cuál es la causa de sus dolores; nosotros mismos estamos cansados y enfermos de repetírselo con tanta insistencia, y á pesar de esto, empeora en vez de mejorarse. Y aun cuando se lo repitiésemos durante diez años, si no llegásemos á dominar su voluntad, todo sería inútil.

Todas estas enfermedades á la moda, que son una verdadera epidemia social, enfermedades que se cultivan de intento, y con arte exquisito, como si fuesen distinguidas é interesantes, enfermedades con las cuales nos complacemos en atormentarnos y atormentar á los que nos rodean, y que en definitiva nos llenan de hastío á nosotros mismos y al mundo, enfermedades que nos complacemos en comunicar á nuestros amigos, tienen como último asiento casi únicamente la voluntad. El que sufre estas enfer-

(1) Cf. Justus Møser, *Patriotische Phantasien*, III, 131.

(2) Dschelaleddin Rumi's Diwane, von Rosenzweig, 65.

(3) Teresa, *Leben*, cap. 13. Cf. Kant, *Macht des Gemüthes*. Feuchterleben, *Diatetik der Seele*.

medades es el que mejor cuenta se da de ellas. Nos extrañamos de que cada día nuevas enfermedades, antes desconocidas, aparezcan y predominen; pero en esto no hay nada de extraño, ya que, en el fondo, es siempre la misma enfermedad de moda. La enfermedad de que adolece nuestra época es la debilidad moral, la falta de formación de la voluntad. Esas penas internas, esas imaginaciones, esas desolaciones, esas inquietas inquisiciones, esa tristeza, esas malas disposiciones, y lo que hay de más odioso é infantil, el humor caprichoso; esas enfermedades de la voluntad, ese abatimiento, esa indiferencia, esa timidez é irresolución, esa indecisión que llega algunas veces hasta paralizar el alma; esas enfermedades de la cabeza, esas imaginaciones desarregladas, esas ideas ridículas, esa ligereza, esa sed de distracciones, todo esto prueba que, en nuestra época, carecemos de formación de la voluntad y de dominio de nosotros mismos. Admitimos que la debilidad de nuestra naturaleza y las tristes circunstancias que atravesamos, sean en parte, sino en todo, causa de lo que decimos. Á pesar de esto, todas estas enfermedades son, miradas por el lado principal, defectos de nuestra voluntad. En gran parte provienen de la causa más fecunda y casi inagotable de nuestros pecados, de la repugnancia que experimentamos en vencernos á nosotros mismos, y, para decirlo de una vez, de nuestra flojedad, de nuestra pereza, de nuestro fastidio y de nuestro egoísmo.

Sí, es verdad que los defectos del corazón y las enfermedades de éste son las principales enfermedades de nuestra época. Los corazones están enfermos, y por esto hay tantas enfermedades en el mundo. Pero no son ni los médicos, ni los balnearios, ni las distracciones los que curarán jamás esta especie de enfermedad. Sólo podrá hacerlas desaparecer la que las ha producido, la voluntad. Cuando la voluntad y el corazón están en orden, todos los otros males se suprimen. Un corazón sano vuelve la vida al que estaba medio muerto. ⁽¹⁾

(1) Cf. Prov., XIV, 30.

10. La confesión y la penitencia como medios para afirmar la voluntad.—No hay, pues, duda alguna sobre este punto; la voluntad es causa de las enfermedades, en todas partes donde esto anda mal, en nuestro interior como en nuestro exterior. La voluntad es el manantial de todas esas enfermedades con las cuales nos descuidamos á nosotros mismos, descuidamos nuestros deberes y el mundo, y aun llevamos á él la corrupción. Es preciso, pues, que la voluntad sea mejorada y fortificada, si queremos estar bien con nosotros mismos y con el mundo.

Pero he aquí la gran cuestión: ¿Quién se encargará de corregir á la voluntad y fortificarla después?

Cualquiera que haya hecho una vez la experiencia, ha podido darse cuenta de que el arte de curar un corazón enfermo y una voluntad cobarde, no está en poder del hombre. En la mayor parte de los casos, las exhortaciones, las oraciones, las enseñanzas, son casi inútiles. La gravedad y la seriedad oportunas sirven de algo, pero poco, y rara vez de una manera durable. Reconózcase ó no, preciso es conceder que para esto se necesita un poder que no se encuentra en el hombre, pero que se encuentra incontestablemente en el Cristianismo y sólo en él.

Decimos esto con gran confianza y dirigiéndonos á los que tienen derecho de hablar aquí, es decir, á las personas que pueden hacerlo por experiencia. En cuestiones donde la vida de millares de personas está en juego, no tienen otros el derecho de levantar la voz. Mas los hombres de experiencia, aun los que, por sí mismos, no atribuyen mucha importancia á la oración y otras cosas semejantes, pero que conocen la vida, han observado y dicho cien veces que no hay sino un solo poder capaz de curar radicalmente la melancolía, y que este poder es el Cristianismo; no un cristianismo á medias, un cristianismo sentimental y aparente, sino un cristianismo viviente, activo, que penetre seriamente al hombre y le eduque por medio de la disciplina.

Esto es fácil de comprender. El Cristianismo posee en

realidad un medio capaz de ayudar á la voluntad á mejorarse, y un medio que por sí solo basta. Para esto no es preciso ir á visitar países extranjeros, ni balnearios costosos, ni distracciones en los conciertos y bibliotecas. Estos medios se han probado centenares de veces, pero sin resultado. Resta, no obstante, un medio que en verdad no es muy atractivo, un medio que no pertenece ni á la medicina ni á la filosofía, pero que, sin embargo, ha demostrado su eficacia desde el punto de vista psicológico y pedagógico; la confesión.

Sí, la confesión. Si dijésemos que no se puede formar la voluntad á menos de alejar de ella el verdadero y único motivo de su debilidad, el egoísmo, y no recomendásemos la confesión, se tendría derecho á decirnos que pronunciáramos palabras vanas. Atraer la voluntad á sí misma, es decir, desprenderla de su pernicioso inclinación á la pereza y á la molicie, eso es una acción reservada solamente á Dios. ⁽¹⁾ Sólo á la religión, que proviene de Él, ha comunicado algo de este poder. Sólo la fe viviente en el que escudriña los corazones, ⁽²⁾ sólo la confesión sincera á un hombre á quien el Todopoderoso ha transmitido su poder, sólo la reprensión severa y justa del que, como representante de Dios, está por encima de las miras humanas, á menudo tan crueles, puede cortar ese tejido de embaucamiento personal y de falta de sinceridad, que una disposición histérica, hipocondríaca y melancólica tejen casi siempre al rededor de ella. Sólo la obediencia á un jefe, que es bastante misericordioso para intervenir con severidad en nuestra conciencia, puede curar la molicie, el amor propio, la vanidad, causas de nuestra debilidad y de la degeneración de nuestra voluntad:

«Porque todo médico es inútil para semejante enfermedad; aquí el sacerdote es más necesario que el médico.» ⁽³⁾

(1) Thom., *Contr. Gent.*, 3, 38-90. *Summa theol.*, 1, q. 105, a. 4; q. 106, a. 2; q. 111, a. 2; 1, 2, q. 9, a. 6; q. 75, a. 3, etc.

(2) Jerem., XI, 20; XVII, 10; XX, 12.

(3) Shakespeare, V, 1.

Por el contrario, es un miramiento pernicioso y digno de compasión, el titubear, quizá únicamente por respeto humano, en poner el hierro en el corazón de esas enfermedades; es una caridad cruel, que las hace cada día más débiles, la de halagar su vanidad y sus caprichos, entreteniéndolas en sus ilusiones en vez de forzarlas á dirigirse á un médico, único que lee en el corazón, asiento de esta enfermedad, único que puede poner la mano en ellas, es decir, á Dios y al que tiene su lugar aquí bajo como juez, y que está investido de su poder cerca de las almas.

¡Cuántas veces esa falta de atención aparente del sacerdote, y el cambio interno completo debido á su sola aparición, ha devuelto la vida á desgraciados que ya eran presa de la muerte! ¡Cuántos hombres corren ya á su ruina temporal,—no hablamos de la ruina eterna—únicamente porque un amor loco y un temor orgulloso alejan de ellos la sola posibilidad de salvación, que consiste en sacudir el yugo de la voluntad que ha llegado á quedar sin energía! ¡Cuántas personas van al encuentro de una muerte prematura á consecuencia de una vida sin actividad y sin honor, personas que podrían aún ocupar largo tiempo su lugar aquí bajo, si tuviesen bastante corazón para acusarse sinceramente á sí mismas, para convertirse, y por el hecho mismo, adquirir una nueva actividad!

No hay que creer por esto que todo quede terminado con una simple confesión, hecha quizá solamente en la forma; sino que se trata de marchar hacia adelante, de fortificar la voluntad, que apenas acaba de ser curada.

El Cristianismo nos ofrece también uno de los medios más perfectos para llegar á este fin. Por algo la sabiduría divina impone una penitencia á todo el que se confiesa. Según la práctica actual de la Iglesia, que tiene en cuenta la debilidad de nuestra fe y de nuestro celo, esta penitencia no es, ciertamente, sino una simple bagatela, de ningún modo proporcionada á la gravedad de nuestras faltas y á la extensión de nuestras necesidades; pero debe por lo me-

nos recordarnos lo que es necesario que hagamos para corregirnos.

Sí, nada es tan necesario para nuestra salvación como fortificar, por la penitencia, la mortificación, la renuncia personal, nuestra voluntad debilitada y sugestionada por el amor propio. La salvación de la humanidad depende del conocimiento y de la práctica de esta verdad tan desagradable. Desgraciadamente, es verdad que no podemos ya soportar nada. Hemos llegado á ser tan débiles, tan sensibles, tan afeminados; nos quejamos tanto y hacemos tan poco, que somos una carga para nosotros mismos. ¿Por qué? Porque nos han acostumbrado muy poco á callar y á padecer, cuando éramos pequeños. Jamás nos han castigado, nunca nos han obligado á reparar nuestras faltas. Creían haber descubierto una sabiduría de las más maravillosas, al tratar de inculcarnos la ciencia jugando, y al querer alejar de nosotros todo lo que podía parecernos fastidioso. ⁽¹⁾ El mayor triunfo de la moderna pedagogía consiste en poder decir de un maestro, ó de un preceptor:

«Le ahorra todo trabajo; se lo enseñaba todo jugando, y no le atormentaba jamás con la moral. Los reproches eran dulces y hechos siempre con amabilidad.» ⁽²⁾

En vez de acostumbrarnos pronto á poder soportar penosos reveses, nos han ahorrado todo lo que podía sernos desagradable, nos han mimado y acariciado, hasta el día en que la vida inexorable ha caído sobre nosotros con todo su peso. De esta manera ha crecido una generación, á cuyo rostro ha podido el poeta arrojar estas duras palabras:

«Sólo os agrada reír, amar y gozar, creer y sentir alguna que otra cosa. Arrojáis todo lo que os oprime sobre Aquél que cargó con todo, cuando un día Dios le envió aquí bajo. Pero, porque habitó entre vosotros, y porque sufrió por vosotros, no pensáis sino en el juego y en el baile. Sí, bailad por ahora; no digo á donde esto os conducirá.» ⁽³⁾

(1) Justus Møser, *Patriot. Phantas.*, III, 133 y sig.

(2) Pusckin, *Eugen Onegin*, 1, 3.

(3) Ibsen, *Brand*, 1, 2.

Desgraciadamente, como todo lo que es serio y pide seriedad, esto no preocupa gran cosa á nuestra generación, ya que, como no se le ha enseñado esta seriedad, sólo vemos en todas partes imposibilidades, y sucumbimos á cada dificultad. Ni aun osamos ya pensar en la más grande de todas las dificultades, en la corrección y satisfacción. Preferimos la muerte. Para esto no hay sino un solo remedio, y es precisamente el que la humanidad teme más; la mortificación, la abnegación personal, la práctica de la penitencia. Cuanto más intolerables sean estas palabras, tanto más cierto es que uno no llegará jamás á ser mejor, desde este punto de vista, mientras el mundo no vuelva á una vida verdaderamente cristiana, penitente, mortificada y activa, según la doctrina de la Iglesia y el ejemplo de los santos.

11. **La doctrina de la mortificación, de las buenas obras y del fin eterno sobrenatural, como base de la fuerza de la voluntad.**—De aquí que todo dependa de que concibamos la vida y nuestros deberes desde el punto de vista cristiano. Las hermosas flores retóricas, filosóficas y humanitarias que se recitan hoy sobre la dignidad del carácter, la sublimidad de la abnegación por un noble ideal, sólo por un momento, pueden hacernos sonrojar de nuestra cobardía, demostrándonos la necesidad de ser enérgicos; pero siempre han dado pruebas de ser frías y débiles, cuando se trata de pasar á la acción, y, frente á los grandes sacrificios que hay que hacer, desaparecen como el humo en el aire. Son terrenas, y, por esta causa, no tienen duración. Sería evidentemente hermoso mostrar á los hombres lo que puede el hombre. Pero ¿quién no me excusará de que no lo haga, cuando se trata de tales sacrificios? Además, ¿quién apreciará el sacrificio, aun cuando lo haga? Y suponiendo, que uno ú otro lo haga, ¿de qué me servirá? La vida es corta. Siempre vencerse, siempre sacrificarse, en tanto que todos se hacen la vida fácil y agradable, ¿quién podrá sobrellevar esta carga?—Tenéis razón de quejaros. Nadie triunfa de esas dificultades, si no mira esta vida como el

vestíbulo de otra eterna dada por Dios. Verdad es, y no osaríamos contradecirlo, que el que no tiene delante de los ojos más que esta vida terrena, la frase *renuncia personal* puede parecerle hermosa, pero algún tanto insensata. Esos miramientos para con los hombres y la vida terrena son á propósito para hacernos débiles y delicados, y no para elevarnos sobre nosotros mismos.

¿Cuán diferente se ofrece todo esto, cuando elevamos la mirada por encima de los límites estrechos de esta vida temporal! ¿Qué es una corta vida de sueño, llena de sacrificios, si, al despertarnos, resucitamos á una vida, en la cual somos, no sólo diré recompensados con el ciento por uno por cada sacrificio que hayamos hecho, sino—y esto es lo principal— perfeccionados y purificados? ¿Qué nos importa que este mundo escéptico se ocupe ó no en nuestras penas, cuando sabemos que la más pequeña victoria ganada sobre nuestras pasiones no dejará de ser tenida en cuenta, para contribuir á fijar nuestro verdadero valor en un mundo donde no hay ni error, ni dolor, ni fin? ¿Qué nos importa el juicio de los hombres, juicio que apenas puede evitar el error, con tal que la sentencia sin apelación nos sea favorable en el último día? Estas últimas palabras del Juez determinarán para siempre nuestro valor, únicamente según nuestras obras y según el espíritu que las ha producido. ⁽¹⁾ No se tratará entonces de hermosas palabras, pero sí de obras y de la intención con que estas obras se hayan hecho. ⁽²⁾ Porque allí, no decidirán ni el número, ni la grandeza, ni el brillo de las obras, sino únicamente el contenido de las mismas. Cada vida y cada obra será pesada en su justo peso, y probada por el fuego, hasta que se vea exactamente lo que en realidad vale. ⁽³⁾ Los grandes hombres y los conquistadores del mundo, los pueblos que han brillado por el arte y el poder, las épocas de civilización, las escuelas de los sabios, se presentarán á este

(1) Matth., XVI, 27; XXV, 35 y sig. Rom., II, 6. II Cor., V, 10.

(2) Imit. Christ., I, 3, 5.

(3) I Cor., III, 13 y sig. Dan., XII, 10.